

NEUROECONOMÍA: NUEVAS ORIENTACIONES EN LOS ESTUDIOS DE HISTORIA ECONÓMICA

GENARO CHIC GARCÍA
Universidad de Sevilla

RESUMEN

Desde que Lotfi A. Zadeh introdujo en 1965 la teoría de conjuntos difusos (o lógica difusa) en los estudios matemáticos, hoy aplicados a la industria, el mundo de los estudios económicos ha dado un profundo vuelco, considerándose en conjunto los aspectos emocionales y los racionales del comportamiento humano, ambos derivados de un mismo cerebro, que cada vez se conoce mejor. En base a ello se plantea que los tipos de economía conocidos, la de prestigio y la de mercado, que se influyen mutuamente, responden a ese hecho biológico, siendo de gran interés para su conocimiento los estudios científicos sobre la fe, que sostienen las relaciones sociales y económicas, así como los relativos a las diferencias sexuales, que explican comportamientos económicos en parte diversos.

ABSTRACT

Since Lotfi A. Zadeh introduced in 1965 the theory of fuzzy sets (or fussy logic) in the mathematical studies, today applied to the industry, the world of economic studies has given a deep overturn, taking into consideration now both the emotional and the rational aspects of the human behavior on the whole, both of these derived from the same brain that is each day better understood. With this basis the two types of economy, that of prestige and that of the market, that mutually influence each other, respond to that biological fact. This is of great interest for the scientific studies about the faith that sustain the social and economic relations, and, likewise those relative to the sexual differences.

El gran especialista de la economía de la antigüedad mediterránea que fue M.I. Rostovtzeff señalaba a comienzos del siglo pasado que «la explicación económica de la decadencia del mundo antiguo debe resueltamente rechazarse»¹. Una idea que decenios más tarde seguiría manteniendo el especialista de la modernidad C.M. Cipolla cuando analizara la decadencia económica de los imperios². Tratando de ambientes distintos, ambos están de acuerdo en que la economía es sólo una manifestación de la actividad humana y que, como tal, ha de considerarse inserta en un conjunto de actividades mucho más amplio³. Este último autor, de hecho, se muestra seguro de que «no seremos capaces de entender plenamente la decadencia de los imperios hasta que un esfuerzo conjunto de investigadores y biólogos haya aclarado los efectos de un bienestar prolongado y altos niveles de vida sobre la estructura psicológica de una población y los efectos de retroalimentación de estos cambios sobre el comportamiento cultural de esta misma población». Y hace esta afirmación consciente de que «las interpretaciones pseudo-biológicas de historiadores racistas en los años 1920-40 fueron desafortunadas». Pocos años después de que se escribieran estas palabras (1970) se publicó en Harvard un libro de E. Wilson que dio paso a un nuevo planteamiento, el de la Sociobiología⁴. En él ponía en evidencia lo que era de todos sabido pero que los prejuicios de una época anterior tendían a evitar: la importancia de nuestro ser biológico en la explicación de determinados comportamientos culturales. Un movimiento que asustó a algunos y produjo respuestas como la de M. Sahlins⁵, recordándonos que lo que hace que el hombre se defina como tal son sus hechos de cultura, no obstante lo cual consideraba obvio el que había que tener en cuenta la base biológica⁶. Paralelamente el desarrollo de las técnicas informáticas y la utilización de digitalizadores permitieron un mayor conocimiento del funcionamiento del cerebro humano gracias a la obtención de imágenes de resonancia magnética, logrando avances impensables hace un cuarto de siglo⁷. Ello nos ha obligado a replantearnos muchas explicaciones culturales, sobre todo aquellas que tendían a identificar lo real con lo percibido racionalmente⁸.

1 M. ROSTOVITZEFF, *Historia social y económica del Imperio Romano*, Madrid, 1962, vol. II, p. 484.

2 C.M. CIPOLLA, «Por una teoría general de la decadencia económica», en C. M. CIPOLLA / H.H. ELLIOTT, P. VILAR y otros, *La decadencia económica de los imperios*, Madrid, 1999, pp. 13-26.

3 Hasta qué punto es necesario considerar la historia humana como una parte más de la Historia del Universo (la verdadera Historia Universal) ha sido planteado recientemente por A.P. NAZARETYAN, «Western and Russian Traditions of Big History: A Philosophical Insight», *Journal of General Philosophy of Science*, 36, 2005, pp. 63-80.

4 E. WILSON, *Sociobiología, la nueva síntesis*, Barcelona, 1980 (original en inglés del mismo año). Prefigurado en E. MORIN, *La Méthode. 1. La nature de la nature*, París, 1977.

5 *Uso y abuso de la biología. Una crítica antropológica de la sociobiología*, Madrid, 1982.

6 No otro planteamiento, aunque invirtiendo los términos del enunciado, ha sido realizado desde el campo de la neuroendocrinología por J.-D. VINCENT, *Biología de las pasiones*, Barcelona, 1988 (París, 1986).

7 Puede verse una síntesis en R. CARTER, *El nuevo mapa del cerebro*, Barcelona, 1998.

8 Algo que ya fue planteado experimentalmente por los estudios de Física. El introductor de la obra de N. BOHR, *La teoría atómica y la descripción de la Naturaleza*, Madrid, 1988, p. 35, M. FERRERO MELGAR, señala que «Bohr hace una distinción tajante de los fenómenos: los que se desarrollan en el marco de la causalidad y pueden describirse en términos clásicos —son racionales—, y aquellos que se desarrollan en el marco de la complementariedad y no pueden describirse en términos clásicos —son irracionales— en esos términos». El error tradicional, según Bohr, está en pensar que percibimos objetos, cuando en realidad sólo percibimos fenómenos. El premio Nobel de 1922 enunció el principio de complementariedad para afrontar este hecho. Su influjo se dejó sentir en B. ESCANDELL BONET, «Los fundamentos epistemológicos de la Historia en el marco de los principios de la Física actual», *Cuestión de fondo. Revista trimestral de pensamiento*, Madrid, 1, 1984, pp. 38-47. Sobre los componentes simbólicos e irracionales de la ciencia en general puede verse J. WESCHSLER, (ed.), *La estética de la ciencia*, México, 1982.

Hoy sabemos que el cerebro está formado por tres subsistemas⁹: el reptiliano, el límbico y la neocorteza, los cuales interaccionan permanentemente. Así, esquemáticamente, el cerebro reptiliano es el que controla la conducta automática o programada; el sistema límbico es el responsable de controlar la vida emotiva; y la neocorteza, la estructura más reciente, constituida por los dos hemisferios cerebrales que son los encargados de los procesos intelectuales superiores. Esta última tiene dos características básicas: la visión —que se refiere al sentido de globalidad, síntesis e integración, que son funciones del hemisferio derecho— y el análisis, que se refiere a la manera de procesar la información del hemisferio izquierdo. Por consiguiente, dado que estos «tres cerebros» funcionan al mismo tiempo, parece lo más lógico (puesto que nuestro planteamiento científico ha de ser necesariamente lógico) considerar a la inteligencia emocional al mismo nivel que la racional a la hora de plantearse la realidad. Y así lo hicimos personalmente cuando nos planteamos proponer un sistema estructural de horizontes mentales integrados como método a aplicar para un mayor conocimiento de los fenómenos históricos¹⁰. Dos maneras fundamentales (la emocional y la racional) de percibir la realidad que, como desarrollábamos en otro trabajo¹¹, se atienden, respectivamente, a los aspectos cualitativos y a los cuantitativos de la misma. Gracias a la primera la realidad se manifiesta finita pero de límites difusos (podríamos utilizar el símil del humo), mientras que la segunda la descompone en unidades homogéneas de carácter infinito en teoría pero bien delimitadas (algo así como lo que se percibe en la distinción entre onda y corpúsculo, de manifestación simultánea).

Numerosos autores han mostrado cómo el desarrollo de la escritura —sobre todo cuando ésta alcanza el nivel fonético y se difunde en sociedades no estructuradas de forma palaciega, como en el caso del mundo griego arcaico— fue creando un habla visual, en paralelo a la oral, que transformó profundamente (aunque de forma paulatina) los planteamientos mentales de quienes las usaban, desarrollando fuertemente la racionalidad y el crecimiento de la conciencia de uno mismo¹². Ello facilitó el desarrollo de los mercados impersonales¹³, que en buena medida se vieron impulsados por la intromisión en el sistema de trueques de un elemento de prestigio

9 Para las referencias al estudio de este 'cerebro triuno' puede verse María de Lourdes FLORES SÁNCHEZ, «El aprendizaje acelerado», recogido en la web: <http://www.prodigyweb.net.mx/normeduc/aprendizaje%20acelerado.htm>

10 *Principios teóricos en la Historia*, Écija (Sevilla), 1990. El planteamiento sigue la línea de otros pensadores. Cf. X. ZUBIRI, *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid, 1955.

11 «Dos formas contrapuestas de pensamiento: el mito y la razón», *Espacio y Tiempo*, 9, 1995, pp. 105-112. Recogido también en *Pensamientos universitarios*, 1995, Écija (Sevilla), 1995. Comentado por J. SAN BERNARDINO, «En defensa del helenismo polinésico. A propósito de un enfoque teórico reciente», en *Gerión*, 14, 1996, pp. 401 - 505. La necesidad de equiparar las dos perspectivas ya había sido expuesta, p. ej., por P. WINCH, *Comprender una cultura primitiva*, Barcelona, 1994.

12 Algo que queda muy bien descrito por E.A. HAVELOCK, *La musa aprende a escribir. Reflexiones sobre oralidad y escritura desde la Antigüedad hasta el presente*, Barcelona, Buenos Aires, México, 1996. Entre los autores españoles merecen mención los trabajos de E. LLEDÓ, *El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria*, Barcelona, 1992; *Lenguaje e historia*, Madrid, 1996, o *El silencio de la escritura*, Madrid, 1999. Nuestro pensamiento al respecto ha quedado expuesto en «Moneda y escritura. De lo cualitativo a lo cuantitativo», en F. CHAVES TRISTÁN y F.J. GARCÍA FERNÁNDEZ (eds.), *Moneta qua scripta: La moneda como soporte de escritura*, Anejos de *AEspA*, XXXIII, Sevilla, 2004, pp. 415-431. La Ilustración giraría finalmente en torno al descubrimiento del intelectualismo y del intelecto en cuanto representaba un nuevo nivel de conciencia humana.

13 M. RODINSON, *Prólogo* a la obra de P. CHALMETA GENDRON, *El 'señor del zoco' en España: edades media y moderna. Contribución al estudio de la historia del mercado*, Madrid, 1973. Sobre la lenta transición en el mundo griego puede verse K. POLANYI, *El sustento del hombre*, Barcelona, 1994 [1977], p. 250.

como fue en principio la moneda. Este proceso, bien estudiado, ha llevado a pensar que el ritmo lógico de los acontecimientos, sujetos desde este punto de vista a la linealidad propia de nuestra percepción visual (frente al carácter holístico que muestra la oralidad —se oye desde todas las direcciones— sobre el que se detuvieron M. McLuhan y B.R. Powers¹⁴ cuando llamaron la atención de lo que suponía en nuestra sociedad la recuperación de la oralidad combinada con la visualidad en los nuevos medios de comunicación) condujo a muchos a pensar que la luz del análisis conceptual habría de disipar todas las brumas del simbolismo mítico, identificando de forma abierta la racionalidad con la realidad y ésta con la verdad, que pasaba de ser lo cualitativamente fuerte, lo que no se olvidaba (*alethès*), a la negación de la mentira (contraposición lógica de lo positivo frente a lo negativo, base de todo el sistema binario¹⁵). El triunfo de las Luces, prefigurado en el triunfo de lo cuantitativo sobre lo cualitativo (el «viejo modelo» de A.W. Crosby¹⁶) pasó a ser considerado como una conquista épica de la razón sobre el sentimiento, de forma que da la sensación de que la emoción está llamada a desaparecer frente al pensamiento lógico, sin darnos cuenta de que en realidad la potenciación de la mente humana tiende al equilibrio; que lo racional no sustituye a lo emocional, sino que lo complementa y tiende a incidir en el desarrollo de éste, como podemos comprobar, por ejemplo, con el desarrollo de la música (< Musa) que adquiere una complejidad y una capacidad de emocionar mayor desde el momento en que se racionalizan sus elementos mínimos constituyentes y se puede proceder a escribirla: no tiene sentido escribir música, sin embargo, si no es para escucharla, para sentirla. Por otro lado, el abandono del cultivo del pensamiento emocional puede conducir a cierta atrofia de los sentidos no relacionados con la vista, pero ello no es necesariamente inevitable ni, desde luego, positivo para el hombre. Solemos olvidar que el mar se puede cubicar, pero que si se mete en cubos deja de ser mar.

En sociedades donde la racionalización de las relaciones sociales no se ha impuesto a las consideraciones derivadas de que un ser, una persona por ejemplo, es mejor que otro si su fortuna (palabra que no debe confundirse con la riqueza¹⁷) lo hace cualitativamente superior a los demás ante la consideración general, el «hombre grande» buscará el prestigio creando una relación de subordinación hacia su persona por medio de la donación de favores y bienes. Se buscará la acumulación de riqueza, a ser posible por medios gloriosos (el botín sobre todo), pero como un medio de ostentación generosa que le conceda un poder efectivo. Esta es sin duda la base del llamado evergetismo grecorromano, tan bien estudiado por P. Veyne¹⁸ en ge-

14 *La aldea global. Transformaciones en la vida y los medios de comunicación mundiales en el siglo XXI*, Barcelona, 1996.

15 Este sentido de la verdad, relacionado con la memoria oral, que fue explicado por M. DETIENNE (*Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, Madrid, 1983), nunca se ha perdido del todo, dando lugar a reflexiones como la de F. NIETZSCHE, *Sobre mentira y verdad en sentido extramoral*, Valencia, 2000 [1873], o, entre las recientes, la de M^a BETTETINI, *Breve historia de la mentira*, Madrid, 2002. La verdad racional, en cambio, es propia del lenguaje escrito, que fija los conceptos y permite la abstracción de la realidad para fijarla de forma estable, dándole firmeza (frente a la no-verdad, a la mentira) y perdiendo elasticidad.

16 *La medida de la realidad. La cuantificación y la sociedad occidental*. 1250-1600, Barcelona, 1998.

17 Véase nuestra exposición sobre el tema en «Colonia Augusta Firma Astigi: una economía de prestigio», VII Congreso de Historia de Écija, Écija (Sevilla), 11 a 13 de Diciembre de 2003. Écija, 2006, pp. 13-46.

18 Entre los numerosos trabajos con los que este autor ha contribuido al conocimiento de la economía de prestigio queremos destacar *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*, París, 1976, y la serie de trabajos recogidos en *La sociedad romana*, Madrid, 1991.

neral y, en nuestro país por E. Melchor Gil¹⁹. Evidentemente la preponderancia de la economía de prestigio no elimina, ni mucho menos, la cantidad de racionalidad de sus realizaciones. Ahí tenemos para demostrarlo el caso de la civilización egipcia —con sus magníficas obras racionales de ingeniería— que posiblemente sea el ejemplo más destacado de hasta qué punto se puede llegar a desarrollar una economía de prestigio²⁰. Ya Aristóteles, al teorizar sobre la economía²¹ era plenamente consciente de que existe una estrecha relación entre las dos formas por las que una sociedad puede regir sus intercambios de bienes: la que él llamaba *oikonomía* (modo de producción doméstico), destinada a la satisfacción de las necesidades naturales, y la *khrematistiké tékhne*, cuyo objetivo era la acumulación indefinida de riqueza, origen del futuro capitalismo de mercado, que consideraba moralmente rechazable cuando se volvía autónoma y separada de la satisfacción directa de las necesidades humanas²².

Este rechazo moral a la economía de mercado impersonal (del que la posesión de la tierra —base de todo crédito— estaba excluida²³) se mantuvo durante muchos siglos, coincidiendo con una escasa racionalización del tiempo²⁴, de forma que el presente continuo (en el que el

19 Fundamental es su obra *El mecenazgo cívico en la Bética. La contribución de los evergetas a la vida municipal*, Córdoba, 1994.

20 Con todo, pese a sus notables construcciones, sabemos que su percepción del tiempo les impedía tener conceptos como el de infinito (utilizaban expresiones como «un millón», p. ej. como metáfora, aunque le daban importancia al 10 en las medidas de espacio y tiempo. Cf. R. H. WILKINSON, *Symbol & Magic in Egyptian Art*, Londres, 1994). No obstante, como bien dice B.J. KEMP, *El antiguo Egipto. Anatomía de una civilización*, Barcelona, 1992, p. 330, «es un error considerar las economías del pasado como una etapa de un proceso evolutivo: en el mundo actual hay la variedad suficiente de sistemas económicos como para que la elección de una línea evolutiva resulte arbitraria. Más bien se les debiera ver como variaciones de un mismo tema, soluciones distintas al mismo problema: «cómo las comunidades grandes, inevitablemente integradas por intereses contrapuestos, existen durante largo tiempo». La economía de prestigio es un sistema completo que puede funcionar por sí mismo, como la economía de mercado. Posiblemente, el cenit de la economía de prestigio se encuentre —en nuestro ámbito de estudio— a mediados del siglo XV a.C. en las relaciones entre las grandes potencias del Oriente Próximo.

21 *Política*, I, 3 (1257-1258).

22 Aristóteles, como es sabido, consideraba dos tipos de crematística que estaban íntimamente relacionados, considerando una buena y otra mala. Mezcla de crematísticas que sigue siendo vigente en el mundo actual en general, y muy en particular en sociedades no demasiado evolucionadas, como podemos ver, por ejemplo en el trabajo de J.B. GREENBERG, «El capital, los rituales y las fronteras de la comunidad corporativa cerrada», *Desacatos*, 9, 2002, pp. 132-147, sobre todo en p. 137, donde describe en la comunidad mixe (México actual) una posición ideológica idéntica a la que plantea Aristóteles —en el fragmento citado— al confrontar una crematística buena («dinero bueno») con otra mala («dinero malo»).

23 Es abundante la bibliografía sobre el tema. Sobre la mentalidad puede verse J.C. BERMEJO BARRERA, «Sobre las dimensiones significativas del espacio», en A. PÉREZ JIMÉNEZ y G. CRUZ ANDREOTTI (eds.), *Los límites de la tierra: El espacio geográfico en las culturas mediterráneas*, Madrid, 1998, pp. 1-22. C.f. P. Grossi, *La propiedad y las propiedades. Un análisis histórico*, Madrid, 1992. F.T. HINRICHS, *Histoire des institutions gromatiques*, París, 1989. P. TEMIN, en «A market economy in the Early Roman Empire», *J.R.S.*, 91, 2001, pp. 169-181, estudia las antiguas tendencias a la mercantilización, y en concreto intenta demostrar que el Alto Imperio romano era «una aglomeración enorme de mercados interdependientes».

24 C. DARBO-PESCHANSKI, *Constructions du temps dans le monde grec ancien*, París, 2000. Nosotros mismos nos hemos ocupado de este tema de tanta trascendencia para el mundo de la economía en G. Chic García, «Tiempo y civilización», en J.-L. RUIZ SÁNCHEZ, *Milenarismos. Mesianismo y apocalipsis desde la Historia y la Religión*, Sevilla, 2001, pp. 29-47. Asimismo M.J. PARODI ÁLVAREZ, «Tiempo y culpa: sobre la asunción de la temporalidad y sus consecuencias», *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología social*, 3, 2000, pp. 281-295. Véase también para el mundo antiguo los trabajos recogidos por J. MANGAS y S. MONTERO (coord.), *El milenarismo. La percepción del tiempo en las culturas antiguas*, Madrid, 2001. Una visión del tiempo racional desde el horizonte de

ser se mantiene) tendía a escapar a la linealidad del tiempo lógico y con ello a la consideración positiva del cambio, del progreso. Explicación ésta de que ese mundo llegó a plantearse el conocimiento científico (el porqué de las cosas), pero no su aplicación práctica, la tecnología (el para qué), ausente pese al desarrollo inevitable de las técnicas²⁵.

Esta conciencia de que durante la Antigüedad se mezclaban rasgos de economía de prestigio con la de mercado provocó durante buena parte del pasado siglo un debate entre los investigadores entre los llamados primitivistas y los modernistas, según pusiesen el acento en una u otra de sus facetas. Las diferentes visiones fueron postuladas sobre todo por las fundamentales obras de Weber²⁶, Rostovtzeff²⁷ y Finley²⁸. Para el primero la economía estuvo basada en un expansionismo militar que propició las guerras de conquista típicas de la Roma republicana. Así, este capitalismo de rapiña se asoció a un sistema de producción esclavista que originó excedentes orientados hacia un mercado. Los límites de este sistema, para Weber, estaban, sobre todo, en la paz que inauguró la época imperial. Rostovtzeff invirtió el planteamiento weberiano: la caída del capitalismo republicano y el fin de las guerras favoreció la expansión del comercio en un marco de paz que propició el crecimiento de las manufacturas, de la agricultura y de la generalización del modelo urbano. Finley, reasumiendo algunos esquemas heredados de Weber, negaba la posibilidad de un crecimiento económico que no estuviera ligado a la adquisición externa y a la guerra y proponía una concepción unitaria del mundo antiguo en la que se admitían, desde una perspectiva económica, únicamente cambios de carácter cuantitativo, considerando el comercio como una actividad y un sector minoritario, incluso en el mundo imperial romano.

Hoy, a pesar de que el debate científico sobre los rasgos distintivos de la economía romana continúa abierto y en construcción, se puede afirmar que, en el Imperio Romano, en el marco de una economía dual, y coexistiendo con un amplio y poco conocido mundo donde primaba el autoabastecimiento, se fueron imponiendo, al ritmo de la romanización, los caracteres básicos de un sistema económico integrado básicamente por el mercado y la moneda²⁹. Así, A. Schiavone³⁰ ha insistido en el carácter dual, aparentemente contradictorio, de la economía romana. En la misma línea, haciendo hincapié en la importancia de los mercados y la moneda, E. Lo

la filosofía puede verse en A. COMTE-SPONVILLE, *¿Qué es el tiempo? Reflexiones sobre el presente, el pasado y el futuro*, Barcelona, 2001. Desde la Física en St. HAWKING y R. PENROSE, *La naturaleza del espacio y el tiempo*, Madrid, 1996. En realidad, siempre se ha tenido bastante claro que el tiempo se puede vivir de distintas maneras a nivel personal y lo mismo se puede decir a nivel de culturas. Véase, p. ej., A. SÁNCHEZ FERRA, «La Historia y la tradición. Razón y sentimiento abordan el tiempo», *Antigüedad y Cristianismo*, XII, 1995, pp. 25-28.

25 Tema asimismo muy tratado. Véase por ejemplo, S. SAMBURSKY, *El mundo físico de los griegos*, Madrid, 1999.

26 M. WEBER, *Storia economica e sociale dell'antichità*, Roma, 1981 [1898].

27 M.I. ROSTOVITZEFF, M., *Historia social y económica del Imperio Romano*, Madrid, 1972 [1926].

28 M.I. FINLEY, *La economía de la Antigüedad*, Madrid, 1973. En la misma línea A.H.M. JONES, *The roman economy*, Oxford, 1974.

29 Una síntesis del tema puede verse en J.C. MÁRQUEZ VILLORA y J. MOLINA VIDAL, *El comercio en el territorio de Ilici*, Alicante, 2001, p. 57, que hemos seguido. Una reconsideración importante, en la que matiza las posiciones reales de Finley y Rostovtzeff (apostando por «los grises»), puede verse en R. SALLER, «Framing the Debate over Growth in the Ancient Economy», en W. SCHEID y S. VON REDEN, *The Ancient Economy*, Edimburgo, 2002, pp. 251-278.

30 «La struttura nascosta. Una grammatica dell'economia romana», *Storia di Roma, IV. Caratteri e morfologie*, Turín, 1989, pp. 7-69, espec. 57, 71-72.

Cascio³¹ entiende que la reciprocidad y la redistribución, aunque innegables, no desempeñarían un papel significativo en la vida económica romana de época imperial. Por su parte W.V. Harris³² ha defendido la importancia de un sector comercializado explicado por los mecanismos del mercado, reduciendo el papel de los intercambios extramercantiles como la redistribución estatal y el autoabastecimiento de elite, defendido en cambio por C.R. Whittaker³³, mientras que P. Garnsey y R. Saller³⁴ han puesto el acento en el papel de los mecanismos de la fiscalidad imperial y el sistema *annonario* en el comercio romano. A. Carandini³⁵, en cambio, ha enfatizado la importancia de los mecanismos de la economía de mercado y la concurrencia productiva y comercial existente entre Italia y las provincias occidentales a inicios del Imperio, retomando parte de la esencia de las antiguas ideas de Rostovtzev. En cuanto a A. Tchernia³⁶ entendemos que sigue una línea en buena medida paralela a la nuestra³⁷, según la cual creemos que podemos resumir el estado del comercio en la Bética del Alto Imperio señalando la coexistencia de tres formas o tipos que son, por supuesto, dispares, pero sin cuya interinfluencia es difícil entender el panorama que nos muestran nuestras fuentes (literarias, epigráficas, jurídicas o arqueológicas): a) redistribución desde las haciendas señoriales (o sea, *evergetismo*); b) los elementos de mercado, a distintos niveles (local, regional, interprovincial); y c) redistribución a escala estatal de aquellos productos que se consideraban imprescindibles para el mantenimiento de sistema imperial, con la consiguiente intervención del Estado en los procesos económicos ligados a los otros dos tipos³⁸. Por su parte K. Verboven³⁹, en línea con los estudios de J. Andreau⁴⁰, ha puesto

31 «Forme dell'economia imperiale», *Storia di Roma, 2. L'Impero Mediterraneo, II. I principi e il mondo*, Turín, 1991, pp. 313-365, espec. 326-329.

32 «Between archaic and modern: some current problems in the history of the Roman economy», *The Inscribed Economy. Production and distribution in the Roman empire in the light of instrumentum domesticum*, Michigan, 1993, pp. 11-29, espec. 14-18, 20-21.

33 «Trade and the aristocracy in the Roman Empire», *Opus*, IV, 1985, pp. 49-75.

34 *El Imperio romano. Economía, sociedad y cultura*, Barcelona, 1991 [1987], pp. 57-80, espec. 62. Véase también D. P. S. PEACOCK y D.F. WILLIAMS, *Amphorae and the Roman economy. An introductory guide*, Southampton, 1986, pp. 60-63, y J. REMESAL, *La «Annona militaris» y la exportación de aceite bético a Germania*, Madrid, 1986; «El sistema *annonario* como base de la evolución económica del Imperio romano», *El comercio marítimo romano en el Mediterráneo occidental*, Barcelona, 1995, 355-367.

35 A. CARANDINI, «Il mondo della tarda antichità visto attraverso le merci», *Società romana e impero tardoantico*, III, 1986, pp. 3-19; A. CARANDINI, «L'economia italica fra tarda repubblica e medio impero considerata dal punto di vista di una merce: il vino. Ricordando i tempi dello scavo ostiense, che sembrano così lontani», *Anfore romane e storia economica: un decennio di ricerche (Atti del Colloquio di Siena, 22-24 maggio 1986)*, Roma, 1989, pp. 505-521.

36 «Modeles économiques et commerce du vin a la fin de la République et au début de l'Empire», *El vi a l'Antigüitat*, Badalona, 1987, pp. 327-336; «Encore sur les modèles économiques et les amphores», *Anfore romane e storia economica: un decenio di ricerche (Atti del colloquio di Siena, 22-24 maggio 1986)*, Roma, 1989, pp. 529-536.

37 Resumida en «El comercio de la Bética altoimperial», *Habis*, 36, 2005, pp. 313-332.

38 Es interesante constatar la similitud de este planteamiento en el que se mezclan distintos tipos de economía con el que se ha hecho para la China contemporánea. Véase en este sentido A. DÍAZ DE RADA, «El sujeto en la corriente. Reflexiones sobre el sujeto social en condiciones de globalización», en L. DÍAS G. VIANA (coord.), *El nuevo orden del caos: consecuencias socioculturales de la globalización*, Madrid, 2004, pp. 86-87. Quede constancia de que pensamos que esta mezcla se ha producido y se produce siempre, sin que en modo alguno la economía de prestigio haya desaparecido del panorama mostrado por las sociedades de libre mercado más avanzadas, como es fácil constatar a poco que se preste atención.

39 *The Economy of Friends. Economic Aspect of Amicitia and Patronage in the Late Republic*, Bruselas, 2002.

40 Por ejemplo, «Brèves remarques sur les banques et le crédit au Ier s. av. J.-C.», en *AJIN* 29, 1982, pp. 99-123.

de relieve el potencial de instituciones sociales basadas en buena medida sobre la emotividad, como la *amicitia* y el patronato, en la vida económica mercantil del mundo romano de fines de la República y comienzos de la era Imperial.

En cualquier caso —y es adonde queríamos llegar— podemos ver, a poco que nos fijemos, que la tendencia a la consideración conjunta de los dos modelos de economía, la de prestigio y la de mercado, sigue la misma senda que observamos en otras ramas del conocimiento, que tienden a considerar como una unidad de actuación las dos formas de pensamiento que hemos señalado antes, la emocional y la racional o lógica, a las que parece evidente que hay que buscar su explicación en la manera de actuar de nuestro cerebro, tanto respecto a los condicionamientos de su medio interior como a los del exterior⁴¹. Recientemente Colin F. Camerer⁴² ha demostrado, a través del análisis del cerebro y la «teoría de los juegos», que el pensamiento emocional influye en gran modo en la actividad económica. La neurociencia ha ido dando paso así al desarrollo de una nueva rama en los estudios económicos denominada «neuroeconomía»⁴³. Se han realizado ya estudios sobre el origen fisiológico de la simpatía, que permite la confianza, al tiempo que se ha vuelto la vista atrás para recordar que A. Smith tuvo una preocupación preponderante por el factor ético en la conducta humana, que en seguida fue dejado de lado pero que es necesario recuperar para entender las relaciones económicas en su plenitud⁴⁴. Y se ha visto que la acción de la oxitocina ayuda a explicar ese elemento fundamental en la economía, sin el cual no puede desarrollarse, que es la fe compartida (la *fides*)⁴⁵. Una confianza que se puede aplicar lo mismo a la economía de prestigio que a la de mercado impersonal, variando fundamentalmente la actitud general del grupo

41 Asunto éste bien explicado por J.-D. VINCENT en su libro *Biología de las pasiones*, antes citado.

42 «Strategizing in the Brain», *Science* vol. 300,13 Junio 2003, pp. 1674-1676. En p. 1674 critica expresamente el hecho de que «most economic theories minimize the influence of human emotions and assume that what people believe and choose follows rationality principles».

43 P. GLIMCHER, *Decisions, Uncertainty, and the Brain: The Science of Neuroeconomics*, Cambridge, 2003.

44 A. RUSTICHINI, «Neuroeconomics: Present and future», *Games and Economic Behavior* 52, 2005, pág. 201-212. La mirada hacia atrás cobraría mucho más sentido si el economista tuviese una mejor percepción de épocas anteriores, cosa que evidentemente es rara entre los economistas, como podemos observar en el libro de H.W. Spiegel, *El desarrollo del Pensamiento Económico*, 7ª reimp., Barcelona, 2000, que se usa en nuestra Facultad de Ciencias Económicas para formar a los futuros licenciados.

45 M. KPSFELD, M. HEINRICHS, P.J. ZAK, U. FISHBACHER y E. FEHR, «Oxytocin increases trust in humans», *Nature*, 435, 2 Junio 2005, pp. 673-677. Los autores comienzan diciendo, en p. 673: «La confianza satura las sociedades humanas. La confianza es indispensable en la amistad, el amor, las familias y las organizaciones, y juega un papel importante en el intercambio económico y político. En ausencia de confianza entre los compañeros comerciales, las transacciones del mercado se vienen abajo. En ausencia de confianza en las instituciones y líderes de un país, la legitimidad política se hunde. Evidencias muy recientes indican que la confianza contribuye al éxito económico, político y social. Poco se conoce, sin embargo, sobre la base biológica de la confianza entre los humanos. Aquí mostramos que la administración intranasal de oxitocina, un neuropéptido que juega un papel importante en la ligazón social y afiliación en los mamíferos no-humanos, causas un aumento sustancial de la confianza entre los humanos, aumentando grandemente por ello los beneficios de las interacciones sociales. También mostramos que el efecto de la oxitocina en la confianza no se debe a un aumento general de la propensión a correr riesgos. Al contrario, la oxitocina afecta específicamente a la buena voluntad de un individuo para aceptar los riesgos sociales que surgen de las interacciones interpersonales. Estos resultados coinciden con la investigación en animales que sugiere un papel esencial de la oxitocina como una base biológica de la conducta de acercamiento pro-social». En el trabajo de Rustichini citado en la nota anterior se pone de manifiesto el asombroso comportamiento de las 'neuronas espejo', que actúan por simpatía respecto a determinados condicionantes del medio exterior.

humano respecto a la Naturaleza, o sea si el mismo se considera como un elemento de una Naturaleza que distingue cualitativamente (de forma no mensurable con la métrica racional) unos seres de otros, o si, confiado en sí mismo ante una Naturaleza que pretende someter con su conocimiento de la lógica de los hechos, da primacía a los elementos cuantitativos en las relaciones humanas, de forma que la Religión es sustituida por la Ciencia, las transacciones basadas en las relaciones personales lo son por un mercado impersonal donde rige la ley del precio único por unidad de venta, y donde el contrato social en general arrumba las relaciones basadas en el estatus, como por ejemplo en la esfera política, donde la democracia se considera como el sistema más digno de confianza, en unos Estados que se sitúan de forma preferente sobre las Comunidades. De ahí la importancia que con razón se le ha atribuido a la llamada Revolución Copernicana, por la que el hombre acepta que no *está* en el centro del Universo, que le ofrecía el geocentrismo anterior, reaccionando en cambio no con humildad sino con orgullo, llegando a la conclusión que si no está en el centro da igual, porque con su conocimiento él *es* el centro de todo⁴⁶.

Ello explica que se haya analizado desde esta perspectiva bipolar la imagen que el poder absoluto de la fe ocupa en la mente de los humanos según la orientación que haya dado a sus relaciones interpersonales, o sea basadas más en el pensamiento emocional o en el racional. Nos referimos a la idea de lo divino⁴⁷, contemplada desde una perspectiva de *status* o desde otra de *contractus*: Dios o el Dinero, y en este sentido son muy definidores los estudios que están siendo desarrollados con agudeza, entre otros, por el sociólogo americano Roger Friedland⁴⁸. Creemos que desde siempre los dos planteamientos han coexistido, porque la mente humana en todo momento ha sido y es fundamentalmente dual, y si Hesíodo se quejaba ya de cómo el poder de la riqueza se alzaba frente a la virtud que habría de ser defendida por los dioses, Horacio, en época de Augusto, hablaba de ese carácter divino que podía llegar a tener el dinero (*converso in pretium deo*)⁴⁹.

De todas formas, pese al avance de los estudios económicos que tienen en cuenta de forma abierta el pensamiento emocional, la tendencia en los planteamientos sigue siendo casi exclusivamente racionalista, aunque buscando establecer distintas formas de racionalidad en el comportamiento económico humano. En este sentido está teniendo éxito la senda abierta por Shaun Hargreaves Heap⁵⁰, quien ha dividido la racionalidad económica en tres categorías:

46 Así lo señala el economista J.M. NAREDO en «El oscurantismo territorial de las especialidades científicas», en J.A. GONZÁLEZ ALCANTUD y M. GONZÁLEZ DE MOLINA (Eds.), *La tierra. Mitos, ritos y realidades*. Granada, 1992, pp. 111-112.

47 Aunque la relación no es directa con el tema que ahora apuntamos, recordaremos, no obstante, que neurólogos de la Universidad de California de San Diego han localizado una zona en el lóbulo temporal del cerebro que parece producir intensos sentimientos de trascendencia espiritual, combinados con una sensación de presencia mística. Cf. R. CARTER, *El nuevo mapa del cerebro*, Barcelona, 1998, pp. 13 y 19.

48 «Money, Sex, and God: The Erotic Logic of Religious Nationalism», *Sociological Theory*, 20, 3, Noviembre, 2002, pp. 381-425.

49 *Od.*, 3, 16: *Inclusam Danaen turris aenea robustaeque fores et vigilum canum tristes excubiae munierant satis nocturnis ab adulteris, si non Acrisium virginis abdita custodem pavidum Iuppiter et Venus risissent: fore enim tutum iter et patens converso in pretium deo. aurum per medios ire satellites et perrumpere amat saxa potentius ictu fulmineo; concidit auguris Argivi domus ob lucrum demersa exitio; diffidit urbiu[m] portas vir Macedo et subruit aemulos reges muneribus; munera navium saevos inlaqueant duces. crescentem sequitur cura pecuniam maiorumque fames: iure perhorru[i] Maecenas, equitum decus...* El tema, por otro lado, es bien sabido que fue tocado con frecuencia, siempre con tintes moralizantes, por numerosos autores, dejando su profunda huella en la paremiología.

50 *Rationality in Economics*, Oxford., 1989.

instrumental, procedimental (o acotada⁵¹), y expresiva, si bien existe la tendencia a considerar esta última como complementaria y no alternativa a las anteriores⁵². Es el camino que ha seguido, por ejemplo, P. Christesen cuando ha aplicado las nuevas tendencias en los estudios de economía a la antigüedad griega⁵³.

Pero volviendo a nuestros planteamientos generales debemos señalar que, además de lo dicho, los estudios de biología actuales nos están permitiendo establecer, sobre bases más seguras, otros aspectos del mundo de la historia económica que apenas han sido desarrollados. Nos referimos a los estudios basados en la diferencia sexual establecida en la especie humana, que es la que realiza las transacciones económicas. Todos los antropólogos parecen estar de acuerdo en que introducir el factor identidad sexual es necesario en el análisis de cualquier proceso social, si se quiere hacer más completo, y sin embargo la mitad de la población que abarca la historia humana (la femenina) raramente es contemplada en los planteamientos de historia económica desde una postura diferencial de sexo (normalmente se aplican los esquemas masculinos para enfocar el papel de las protagonistas de los hechos económicos). La obsesiva manía de considerar que todo lo que nos separa a los varones de las mujeres es sólo cuestión de cultura, despreciando lo obvio (que hay diferencias sustanciales, perceptibles en el propio genoma sexual⁵⁴), lleva a perder la contemplación de matices que son muy interesantes (por ejemplo, la inversión que realiza un hombre en bienes de prestigio se estima en un 30%, como mucho, de su fortuna, mientras que la mujer puede llegar a duplicar este montante⁵⁵) para comprender el funcionamiento económico de las sociedades. Las diferencias biológicas relativas al sexo y perceptibles en el cerebro tienden a manifestarse en los comportamientos, pese al papel igualador de la cultura dominante, normalmente masculina, siendo claro que los comportamientos que han llevado al desarrollo del capitalismo actual tienen este carácter evidente⁵⁶. Habría que replantear, pues, toda nuestra manera de ver la historia económica (y, por supuesto, también la que no tiene este apelativo).

51 H. A. SIMON, *Models of Bounded Rationality*, Cambridge, 1982 ya habla de este tipo de racionalidad económica.

52 Es lo que hace, por ejemplo, J.F. ÁLVAREZ, «El tejido de la racionalidad expresiva», *Manuscrito XXV* (2), en M.B. WRIGLEY (ed.) (2002), *Dialogue, Language, Rationality: A Festschrift for Marcelo Dascal*, Campinas, Brasil. Edición en Web.

53 «Economic rationalism in fourth-century BCE Athens», *Greece & Rome*, 50, 1, 2003, pp. 31-56.

54 M.T. ROSS y casi 250 profesores más, «The DNA sequence of the human X chromosome», *Nature*, 434, 17 de Marzo de 2005, pp. 325-337. En el mismo número de esta revista puede verse también, por su interés, el comentario que hace Chris Gunter, «She moves in mysterious ways», en pp. 279-280. Hasta este momento no había pruebas tan evidentes de que las diferencias entre ambos sexos llegaran hasta el punto de que hombres y mujeres necesitasen tener genomas sensiblemente diferentes. Parece evidente ahora que, cuando se habla de ser humano, hay que partir del hecho de que ninguno de los dos es en sí mismo el representante de la especie, sino que hay que hablar de lo que venimos denominando la «santísima dualidad»: dos «subespecies» distintas y complementarias en un solo ser humano verdadero. Plantear la Historia desde una sola óptica es, por tanto, una visión empobrecedora de nuestro comportamiento a lo largo del tiempo (tiempo que, digámoslo de paso, no es observado —como tampoco el espacio— de la misma manera por parte de los dos sexos).

55 Agradezco a mi discípulo Aarón Reyes, que realiza su tesis doctoral sobre el comercio de obras de arte en nuestra Antigüedad hispana, estas sugerencias acerca del sexo en el marco de la economía, que estimo del mayor interés.

56 Michael NERLICH, *Kritik der Abenteuer-Ideologie: Beitrag zur Erforschung der bürgerlichen Bewusstseinsbildung, 1110-1750*, Berlín, 1977, ubica los orígenes de la «ideología de aventura» del capitalismo europeo en la experiencia de la caballería: la persecución voluntaria de arriesgadas aventuras en territorios desconocidos —la cual, como sabemos, era recurso de los caballeros empobrecidos, que necesitaban hacer sus fortunas en un nuevo, aún no explotado territorio. Tomado de D. NOYES, «Vampiro o rey pescador: la globalización y los mitos del capitalismo», en L. DÍAS G. VIANA (coord.), *El nuevo orden del caos: consecuencias socioculturales de la globalización*, Madrid,

Queden en cualquier caso estas breves líneas, que intentan poner de manifiesto las nuevas tendencias que hemos observado en el conocimiento de la historia económica y que creemos de interés para un mejor entendimiento de la vida humana, como homenaje al colega y, sobre todo, gran maestro que ha dado todo lo posible, y más, por extender el conocimiento entre todos los que, directa o indirectamente, le han rodeado: Antonino González Blanco.

Sevilla, 1 de Septiembre de 2005

2004, p. 252. Puede verse, para el mundo actual, cómo los planteamientos sexuales, de tintes predominantemente machistas, se manifiestan en el comportamiento económico de mercado en E. LUTTWACK, *Turbocapitalismo. Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*, Barcelona, 2000, p. 89 y 91. No parecen tan claros esos tintes en cambio, pese a las apariencias, en las actitudes económicas que se desenvuelven en el marco de la mafia tradicional, como bien señala M. MAFFESOLI, *De la orgía. Una aproximación sociológica*, Barcelona, 1996, p. 86.